



La barbarie de Vargas Llosa

Por Federico Salazar B.

“Los niños reclaman que se les respete como niños desde mucho más temprano de lo que se creía en otras épocas.”

El proceso electoral que estamos viviendo es una estupenda oportunidad para poner a prueba nuestros valores: Me refiero a los valores que tenemos incorporados; es decir, no los que creemos debemos predicar, sino los que abruptamente nos salen del alma, a través de la respuesta rápida, el impulso o la reacción refleja.

Uno de los valores esenciales de la civilización es el respeto. El respeto requiere una maduración emocional especial. No es fácil defender el derecho ajeno cuando quien lo ejerce lo hace de manera distinta a como nosotros creemos es bueno. Por ejemplo, no es fácil defender el derecho de fumar de otra persona, aun cuando nosotros creemos que hace daño a la salud.

El respeto civilizador, sin embargo, reclama ese dogmatismo: respeto es respeto, al margen del contenido específico de los derechos que se ejercen. Para asimilar esa posición se requiere haber salido del primitivo cascarón afectivo y emocional en que sólo estábamos nosotros, con nuestros valores, nuestra familia y nuestra concepción de la vida y del mundo.

En el ámbito de la política todos te-

nemos preferencias. Pero todos tenemos, también, miedos. Y encubrimos esos miedos con emblemas y eslóganes como el que lanzó Mario Vargas Llosa, premio Nobel de Literatura, sobre "ojalá no tener que elegir entre el sida y el cáncer". No encuentro actitud más bárbara que la que revela el laureado escritor. No digo que MVLL no deba ser libre para decir lo que piensa; a lo que me refiero es que lo que piensa es un razonamiento que no nos lleva a tener más sino menos civilización. Quizá haya quienes coincidan con el novelista en que la opción electoral de Gana Perú traería atraso y miseria. Quizá, también, algunos crean que votar por Fuerza 2011 equivale a avalar el latrocinio del gobierno de Fujimori. Sin embargo, si cada uno insulta y descalifica a los que piensan distinto, todos terminaríamos en una guerra civil de insultos y descalificaciones.

Los candidatos han obtenido el reconocimiento legal del Jurado nacional de Elecciones para postular. Eso deberíamos bastarnos para mantener un mínimo respeto por las candidaturas. Son, después de todo, las

instituciones y las leyes las que proveen esa calificación.

Es muy distinto argumentar y hacer propaganda a favor de nuestra posición o incluso en contra de la de otros. Eso es lo que hay que hacer. Discrepar es civilizador; insultar, no. Hay que ser realmente dogmáticos en el valor del respeto, a no ser que queramos una sociedad de sectas y facciones, de tribus y pandillas.

El valor absoluto del respeto requiere larga maduración. Ésta empieza desde temprana edad y desde los más mínimos detalles. Los niños reclaman que se les respete como niños desde mucho más temprano de lo que se creía en otras épocas. Desde el respeto por la ropa que usan o la longitud de su cabello, hasta el respeto de sus gustos musicales y de entretenimiento, todo eso afianza en ellos la noción del derecho a la diferencia civilizada.

La libertad no está reñida con el orden, siempre que se reconozca su raíz en el respeto, en el valor dogmático del respeto, en el valor absoluto y vertical del respeto.



El buey llamado Hermoso



Los niños lo ven, los niños lo hacen

